

Uno

Beni estaba furioso. No era novedad para nadie en la oficina y, sin embargo, conseguía que la tensión se palpara con tal corporeidad que más de uno había resuelto tomar el descanso del almuerzo con premura para no tener que estar en el ojo de la tormenta.

–No voy a seguir haciendo el trabajo de Stefano. –Se podía escuchar la conversación que estaba teniendo por teléfono porque no se había molestado en moderar el tono. A decir verdad, no tenía ningún reparo en que se enterase media ciudad de su discusión, porque él ya estaba harto y no pensaba ceder–. Si hay algo que negociar en Roma, que se encargue él.

Le pitaban los oídos. No alcanzaba a escuchar del todo qué era lo que le respondía su padre, porque no podía dejar de imaginar la sangre bombeándole directamente

hasta la cabeza. Tal vez, si le estallara, no estaría en esa posición.

Apretó las mandíbulas con fuerza para no volver a gritar.

–Creo que no estoy siendo lo suficientemente claro: no voy a moverme de aquí. –Hubo más ruido al otro lado de la línea. Beni espació tanto las palabras que se convirtieron en sílabas–: No-voy-a-ir-a-nin-gún-lu-gar. ¡Qué se haga cargo él, si tanto respeto tiene por nuestro negocio! –Respiró con fuerza por la nariz–. ¡No...! Papá, no voy... No. No puedo seguir... ¡Esto no es contigo! Maldita sea.

La satisfacción de colgar con fuerza se había anulado hacía tiempo con las ventajas de los teléfonos celulares, así que no le quedó más remedio que quedarse mirando como un imbécil la pantalla que le indicaba que se había cortado la llamada. Hizo un esfuerzo –hercúleo, sobrehumano– y, acto seguido, lo quebró para dejarse llevar por el impulso y lo lanzó contra la pared más cercana.

El aparato se partió en tres trozos; tampoco hubo signos de que alguien fuese a querer entrar en su oficina para saber qué diablos había pasado. Estaban acostumbrados y eso lo puso todavía de peor humor.

Por mucho que se desgañitara, nadie estaba oyéndolo.

Se dejó caer, repentinamente exhausto, sobre el sillón que tenía empotrado entre el fichero y algunos libros viejos que jamás había ojeado. En realidad, era un espacio más bien reducido, pero a Beni le encantaba su oficina.

Excepto en momentos como esos, en los que solo deseaba perderse en el centro mismo del infierno.

No supo cuánto tiempo pasó así, con los ojos cerrados y la vena de la mandíbula restallando con fiereza contra el hueso. Para cuando se enderezó y recuperó la cadencia normal de su respiración, una nueva llamada quiso romper con la repentina paz que había adquirido a pura fuerza de voluntad.

—¿Qué? —espetó, tomando el teléfono de línea al alargar el brazo todo lo posible. Ya se disculparía luego con la buena de Aurora, que siempre era la que pagaba sus platos rotos. Imaginaba que estaría ya en guardia, así que no le tomaría por sorpresa su brusquedad.

—Tiene una llamada, señor. —De haber estado menos enajenado, Beni debería haber entendido que la precaución de Aurora estaba fuera de lugar y que él, como jefe, debía hacerla sentir segura. Había quedado atrás el tiempo en el que se preocupaba por lo que pensarán los demás, mucho antes de que las capas de amargura e ironía lo sepultaran en su propia tierra.

—Pásamela.

Mientras reaccionaba por reflejo, tiró del cable para poder repantigarse en el sillón, a pesar de saber muy bien que no iba a alcanzar. El fijo se movió sobre el escritorio mientras Beni escuchaba el pitido de la transferencia, preguntándose por qué demonios estaría llamándolo Nicola o alguno de sus otros socios si ya habían oído el escándalo montado hacía un cuarto de hora.

—*Galletto.*

Se quedó rígido en su sitio. Podría haber cortado, claro

que sí, pero, para eso, tendría que haber sido capaz de realizar un movimiento. Cualquiera, incluso solo desentumecer los dedos hasta dejar caer el teléfono.

Era imposible. Sobre todo, cuando esa voz se le adentraba con la fuerza de un huracán para envenenarle las entrañas.

Beni alcanzó a recuperar la voz solo para advertirle:

–Voy a colgar.

–Por favor, no –le suplicó ella, usando ese tono que sabía que serviría para persuadirlo–: Quiero saber cómo estás.

El silencio obcecado de Beni no la desalentó.

–No pude comunicarme a tu teléfono personal –insistió la voz, melodiosa, aterciopelada. Como si deseara acariciarle el rostro para, al cerrar los ojos, permitirle hundir las uñas hasta degollarlo–. Me asusté.

–Lo rompí –respondió él, lacónico.

Ella avanzó con tiento.

–Oí que hablaste con Gennaro. –Otra pausa, que fue llena solo con el silencio retumbante del corazón de Beni–. ¿Qué podría hacer yo?

Muchas, muchas cosas. Él consiguió paladear una sonrisa irónica, el primer atisbo para recuperar el dominio de sí mismo. Podría haberlo dicho, podría haberle escupido que solo precisaba no haberse revolcado con Stefano, pero no importaba.

Beni había jurado que ya no importaba.

–Voy a colgar –repitió, procurando que no se lo notara alterado.

–Beni, por favor.

–No vuelvas a llamarme.

Y cortó la comunicación, sin la satisfacción que podría haber recibido de la llamada anterior. El gesto hizo que el aparato trastabillara sobre el escritorio y, por la fuerza del impacto, terminó ladeándose tanto sobre el filo que, frente a los ojos impasibles de Beni, se desplomó. Crujió en el suelo y, destartelado, se quebró en dos.

Él se quedó mirando los pedazos de ambos teléfonos, sin ver nada realmente.

–Qué día de mierda.

Era suficiente. No miró la hora; recogió el abrigo y salió por la puerta con un ligero gesto de la cabeza. Aurora no se inmutó. Después de todo, ya todos allí estaban acostumbrados a los berrinches de Beni.